

ORACION FUNEBRE,  
Mons. Dr. Manuel Cárdenas

La Epístola de San Pablo a los Hebreos nos dice que "todo sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto de flaqueza" (5, 1).

Resulta difícil hablar del sacerdocio si nos atenemos a concepciones humanas, que no pueden alcanzar las realidades sobrenaturales que nuestro corazón cristiano conoce e intuye, pero resulta posible y aún fácil si recurrimos a la Escritura, a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia y buscamos la doctrina en las mismas fuentes de verdad.

Enseña el Concilio Vaticano II que los presbíteros "por la sagrada ordenación y misión que reciben de los Obispos, son promovidos para servir a Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, por el que la Iglesia se edifica incesantemente en la tierra, como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo" (Decreto-Presbit. 1).

El ministerio del sacerdote, su altísima función y su carisma propio, no derivan del consenso humano, ni de las cualidades personales, sino de la libre elección del Señor, manifestada por sus representantes en la tierra y también, en su debido lugar y sentido, por diversas circunstancias que dependen de la providencia divina y de la libertad humana. Por eso, como sacerdote, obra en virtud de los poderes que recibe en la ordenación sagrada y es un representante de Cristo ante los hombres para conducirlos por el camino de la salvación. Y al representar a Cristo y participar de sus poderes, toda su vida se ordena a predicar la Palabra de Dios, a cuidar y apacentar el rebaño y a celebrar el sacrificio y los sacramentos.

El sacerdote ofrece la Víctima y se identifica con Cristo en el altar, en el momento cumbre de la celebración eucarística, rodeado de la comunidad de los fieles que son santificados por el mismo sacerdote en la administración de los sacramentos.

El sacerdote ejerce un gobierno espiritual, pues participa en cierta medida del ministerio de los Obispos, de los cuales es un delegado ante sus hermanos, que por su bautismo tienen parte en el sacerdocio común.

El sacerdote enseña y predica, es ministro de la Palabra inspirada y de la enseñanza de la Tradición, busca ilustrar e iluminar, destruir errores y peligros doctrinarios y formar las inteligencias y las conciencias de los hombres, sabiendo que él es también discípulo de la Verdad infinita, de la Palabra que se hizo carne, y conociendo que es la Verdad la que libera, según la sentencia del Señor "La verdad os hará libres" (S. Juan, VIII, 31-32).

La misión sacerdotal se hace para nosotros más clara y nos mueve mejor a imitación y edifica más eficazmente al pueblo de Dios, cuando consideramos a los sacerdotes en concreto, a los que conocemos o hemos conocido, a los que iluminaron nuestras vidas o han iluminado la Iglesia o las instituciones cristianas.

Así hoy estamos reunidos en la celebración del sacrificio de Cristo Jesús, ante los restos del Canónigo Luis María Etcheverry Boneo, llamado hace pocos días por el Padre Celestial, quien cumplió su misión sacerdotal en el culto divino, en la doctrina y el cuidado de la comunidad cristiana y fue un verdadero sacerdote "puesto en favor de los hombres".

Para escribir la biografía del Padre Etcheverry se deberá empezar por la alabanza de la familia cristiana. De muy atrás le venía su convicción católica y sus maneras cultas al joven que pedía el ingreso al Seminario, cuando había terminado sus estudios secundarios, donde ya mostró sus cualidades de inteligencia y de piedad, que movieran al Cardenal Copello, Arzobispo de Buenos Aires, a enviarlo a Roma como alumno del Colegio Pío Latino Americano y a la Universidad Gregoriana. Allí pudo gozar plenamente de la cercanía del Vicario de Cristo, de los viejos monumentos, de la sólida piedad fundada en la Eucaristía y la devoción a María siempre Virgen, del tesoro de la tradición cristiana y de los fermentos de santidad y de renovación que supo infundir Su Santidad Pío XI, el Papa de los estudios y de la Acción Católica. Allí recibió con afecto fraternal y cordial compañerismo a otros que llegaban de nuestro país con iguales ambiciones y allí se abrió a la amistad de profesores y alumnos de diversas naciones, de distintas Congregaciones religiosas y aún de diversas corrientes teológicas y orientaciones apostólicas, mientras cultivaba su gran vocación de formador de juventudes, de difusor de la Verdad, de maestro de apóstoles futuros y de dirigentes de la sociedad.

Cuando alguno le insinuó en aquellos tiempos que podía, al regresar a su patria, escribir obras de alta doctrina y teología, respondió que se sentía llamado a enseñar e iluminar, pero que la manera no serían los libros eruditos. Y aquellos años de vida romana los ocupó con verdadera pasión en su propia formación en la virtud y en la inteligencia y lo que es más notable, en preparar lo que debía ser la obra de su vida y de su sacerdocio, preparación que comenzó entonces llegando no sólo a trazar unas líneas gene-

rales, sino también las principales formas concretas, sin olvidar quienes podrían ser sus posibles primeros colaboradores.

Ordenado sacerdote, pudo escribir en carta a Buenos Aires, que su vida había llegado a ser como un "poema divino", y confesó que se le fueron las horas de la noche, sin darse cuenta, mientras escribía algunos apuntes espirituales y formulaba una vez más sus propósitos de vida sacerdotal en favor de los demás. Celebró su primera Misa en la Basílica Vaticana, como para fortalecerse en su fidelidad a la Iglesia, gobernada entonces por Su Santidad Pío XII, en quien admiraba la bondad condescendiente de Padre y el celo por la renovación pastoral.

Cuando se hizo la fiesta de familia en el Colegio Pío Latino, para saludar a los nuevos sacerdotes, un seminarista que lo estimaba y conocía su manera de ser y sus propósitos, escribió unas palabras de homenaje basadas en el texto del Evangelio: "Brille así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre celestial" (Mateo, 5, 16).

Vuelto al país, se prodigó en el ministerio sagrado y en llevar a la práctica sus ideales de formación de juventudes y difusión de la doctrina, aunque en los primeros años debió sufrir por la dispersión de sus tareas en distintos campos pastorales, actuando en la parroquia de Montserrat, en Capellanías de Religiosas, en la Acción Católica, en la Curia Arzobispal, en la Iglesia Catedral, en los Cursos de Cultura Católica, en el Seminario y en la Universidad Católica Argentina, en cuya fundación intervino con celo y eficacia.

Pero la obra de su vida y de su sacerdocio en favor de los demás, ha sido la formación integral de inteligencias y corazones, y el testimonio de la Verdad, que lo llevó a dar existencia e impulso a instituciones nuevas, cuyos miembros, alumnos y colaboradores, acompañan hoy sus restos de sacerdote y fundador. La obra de su vida y de su sacerdocio en favor de los demás ha sido la formación de discípulos sacerdotes y laicos, que hoy participan de esta Misa y que continuarán resueltamente por el camino señalado.

El Padre Etcheverry fue sin duda un sacerdote para el prójimo, para los hermanos en la fe, para la juventud, para los futuros apóstoles de Cristo, para quienes están llamados a ser dirigentes en todas las actividades y sectores sociales.

El canónigo Luis María Etcheverry Boneo ha sido llamado por Dios en la plenitud de la edad y toca a nosotros inclinarnos ante la

disposición de la voluntad divina, pero sabemos que su paso por el misterio de la muerte es también una forma de actualizar la salvación que trajo Jesucristo.

Su entrada al lugar de la luz y de la paz es la culminación de una vida en servicio de la Iglesia y de su prójimo, cumpliéndose las palabras del Evangelio de San Juan (8, 12): "El que me sigue no anda en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

Ante la imagen de la Virgen María, en su título de Nuestra Señora del Pilar, esta Misa concelebrada por Obispos y sacerdotes es la despedida a quien sirvió usando las palabras del Concilio Vaticano II "a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey", y que ahora entra al gozo de una vida nueva.

+ *M. Cardenas*  
*Obispo Tit. de Andon y Aux. B. A.*